

Echeburúa, E. y Corral, P. (2004). Raíces psicológicas del fanatismo político. **Análisis y Modificación de Conducta**, **30**, 161-176.

RAÍCES PSICOLÓGICAS DEL FANATISMO POLÍTICO

Enrique Echeburúa
Paz de Corral

Facultad de Psicología
Universidad del País Vasco

Avda. de Tolosa, 70
20018 San Sebastián (email: eecheburua@ss.ehu.es)

RESUMEN

El objetivo de este artículo es analizar las dimensiones psicosociales implicadas en el fanatismo político relacionado con la violencia. La violencia terrorista resulta de la confluencia de múltiples factores, tales como las variables de personalidad, las influencias familiares y escolares, el grupo de amigos, el apoyo social y la percepción de la existencia de enemigos externos. El terrorismo suicida es asimismo analizado. Por último, se señalan algunas estrategias de investigación que requieren estudios adicionales.

Palabras clave: FANATISMO POLÍTICO, VIOLENCIA, PERSONALIDAD, DIMENSIONES PSICOSOCIALES.

SUMMARY

The aim of this paper is to analyse the psychosocial dimensions involved in the political fanaticism related to violence. Terrorist violence results from the confluence of multiple factors, including personality dimensions, family and school factors, peer group, social support and perception of external enemies. Suicidal terrorism is also analysed. Finally some prevention strategies that need further research are suggested.

Key words: POLITICAL FANATICISM, VIOLENCE, PERSONALITY, PSYCHOSOCIAL DIMENSIONS.

1. INTRODUCCIÓN

A la mayoría de las personas les repugna el ejercicio de la violencia. Ello tiene que ver con un compromiso ético consciente, pero también, de una forma más primitiva, con el desarrollo de las emociones en el ser humano. Ya desde una fase temprana, en el transcurso del proceso de socialización, los niños adquieren la capacidad de empatía, es decir, la aptitud de ponerse en el lugar de las otras personas para comprender mejor lo que piensan y sienten y lo que puede originarles sufrimiento.

Más allá del Código Penal (circunscrito a un reducido número de conductas punibles), lo que regula realmente el comportamiento humano e impide la transgresión de las normas válidas de convivencia es la conciencia moral. La vulneración de un principio ético genera una sensación de malestar emocional profundo: el sentimiento de culpa o de vergüenza por lo realizado. De este modo, la función adaptativa de la culpa consiste en la evitación de las situaciones que la generan o en las conductas de reparación, cuando se reconoce haber hecho algo mal, para eludir el remordimiento experimentado (Castilla del Pino, 1968).

Sin embargo, en algunas personas este proceso está profundamente alterado. En concreto, las personas fanáticas, que se adhieren de una forma acrítica a una idea política y la siguen dogmáticamente con exclusión de toda información incongruente con ella, distorsionan cognitivamente la realidad. Y, a nivel emocional, muestran una falta de empatía para sensibilizarse con el sufrimiento ajeno, así como una ausencia de remordimiento cuando son ellas quienes lo generan. En estos casos la militancia política y la creencia ciega en unos ideales *patrióticos* constituyen ideas sobrevaloradas, que ocupan un lugar muy importante en sus pensamientos, impregnan afectivamente su vida y ejercen una acción tiránica sobre sus conductas. El fanático carga su verdad de pasión para compensar su falta de racionalidad. El miedo a la duda es tal que sólo cabe una defensa: no dudar nunca (Alonso-Fernández, 2002).

Estas ideas sobrevaloradas, que son muy persistentes, suelen ser compartidas por el microgrupo de personas al que se incorpora o del que procede el fanático. Sólo un grado alto de obcecación puede mantener, sobre todo si coincide con un nivel cultural bajo, una percepción tan distorsionada de la realidad y la incapacidad de un juicio crítico. El fanatismo recluye a una persona en una prisión interior y la hace impermeable al razonamiento lógico, al que sólo se llega -y no siempre- cuando surgen circunstancias vitales dramáticas: la detención y el encarcelamiento; la muerte de un compañero *en la lucha*, etcétera.

Los fanáticos, téngase esto bien en cuenta, pertenecen a otra estirpe distinta de la de los idealistas más o menos apasionados. Éstos son capaces de volcar su vida a un ideal, pero, a diferencia de los fanáticos, pueden someter a crítica sus ideales y en ningún caso pierden la sensibilidad ante el sufrimiento ajeno. Por otra parte, el fanatismo lleva al proselitismo, que es una forma de reafirmación en sus propios ideales.

2. AGRESIVIDAD Y VIOLENCIA

Arraigada profundamente en la estructura psicobiológica del organismo y entroncada con la evolución filogenética de la especie, la *agresividad* representa la capacidad de respuesta del organismo para defenderse de los peligros potenciales procedentes del exterior. Desde esta perspectiva, la agresividad es una respuesta adaptativa (que aumenta nuestra capacidad de sobrevivir) y forma parte de las estrategias de afrontamiento de las que disponen los seres humanos (Sanmartín, 2004; Tobeña, 2001).

La *violencia*, por el contrario, es una configuración perversa de la agresividad, tiene un carácter destructivo sobre las personas y supone una profunda disfunción social al haber perdido el carácter adaptativo. La violencia es un conjunto de acciones intencionales que tienden a causar daño a otros seres humanos, sin que se obtenga beneficio alguno para la supervivencia. Lo característico de la violencia es su gratuidad desde un punto de vista biológico y su intencionalidad desde un punto de vista psicológico. Que hay conciencia del dolor causado se hace evidente cuando se observa que muy a menudo el daño se suele justificar (Echeburúa, 1994).

La violencia es una agresividad que se carga de valores afectivos, lo que la hace especialmente peligrosa. En este caso, la emoción, las pasiones, la inteligencia y la voluntad se ponen al servicio de la violencia. A diferencia de la agresividad, la violencia es específicamente humana y refleja un fondo atávico de crueldad primitiva. La violencia, pensada y ejecutada para dañar, resulta cruel y denota una degradación moral.

La violencia se apoya en los mecanismos neurobiológicos de la respuesta agresiva (Niehoff, 2000). Todas las personas son potencialmente agresivas, pero no tienen, afortunadamente, por qué ser necesariamente violentas. A su vez, la violencia puede, en algunos casos, desencadenarse de forma impulsiva o ante diferentes circunstancias situacionales (el abuso de alcohol, una discusión, el contagio emocional del grupo, el fanatismo político o religioso, la presencia de armas, etcétera); en otros, presentarse, como en el caso de la violencia psicopática, de una forma planificada, fría y sin ningún tipo de escrúpulos (Garrido, 2000).

En resumen, el ser humano es agresivo por naturaleza, pero se vuelve pacífico o violento por influencia de la cultura. Es decir, el agresivo *nace*, pero el violento *se hace*. La agresividad es inevitable, pero la violencia es perfectamente evitable: la violencia no es un *fatum* -un destino inexorable- que cumplir, sino algo que se puede prevenir y canalizar de una forma socialmente aceptable (Sanmartín, 2000).

3. INHIBIDORES DE LA CONDUCTA VIOLENTA

La vida en sociedad es posible porque las personas cuentan con unos valores sociales y con unos frenos morales que impiden (o, cuando menos, dificultan) la aparición de conductas destructivas y violentas.

3.1. Empatía

La empatía es la capacidad de ponerse en el lugar de la otra persona para comprender mejor lo que piensa y lo que puede originarle sufrimiento, así como para percatarse de sus diversas necesidades afectivas. Se trata de una *empatía emocional* (sentir lo que realmente le ocurre al otro) y de una *empatía de acción* o *vínculo de compromiso* (actuar positivamente a favor del otro), no meramente de una *empatía cognitiva* (limitarse a comprender lo que le sucede). Con la *simpatía* se puede sentir pena por la otra persona sin sentir lo que siente ella; con la *empatía*, por el contrario, el sujeto se pone en el lugar de la otra persona.

La persona dispone de una capacidad innata para la empatía ante el sufrimiento de los demás, especialmente ante aquellos que constituyen su círculo más próximo. De este modo, ser empático con las demás personas surge de una forma *natural*, justo como las chispas brotan necesariamente de la fricción del hierro. De este modo, la empatía se constituye en el antídoto más potente contra la violencia y la crueldad (Garrido, 2002).

3.2. Reguladores de la violencia

Los inhibidores de la violencia son característicos de cada especie y no se aprenden: se nace con ellos. Lo que es innato o instintivo es, por tanto, la *agresividad regulada*, que es la que confiere la capacidad de supervivencia a los animales. Pero si no hubiera inhibidores, los animales se matarían entre ellos con mucha más frecuencia y el grupo iría perdiendo miembros hasta correr un serio peligro de extinción. Por eso, en la naturaleza hay un equilibrio entre los mecanismos de *despliegue* de la agresividad y los mecanismos innatos de *regulación* de la violencia.

La violencia adopta una forma especialmente cruenta entre los seres humanos, los gallos de pelea y ciertos roedores (las ratas asesinas). Pero, en general, hay un *mandamiento biológico natural* que nos ordena no matar a nuestro prójimo. En los animales, en las luchas entre congéneres, la sangre no llega al río. Y, si llega, no suele ir acompañada de la muerte del perdedor. Las peleas terminan con la retirada del vencido o con la adopción de un gesto de sumisión (entre los lobos, poner la yugular a disposición del vencedor o emitir unas gotas de orina entre las piernas del ganador). Incluso las serpientes de cascabel no emplean sus colmillos venenosos cuando combaten entre sí. Por eso, no es cierto decir que *el hombre es un lobo para el hombre*. Mejor nos iría, si esto fuera verdad (Sanmartín, 2002).

El desarrollo de la violencia supone el fracaso o la desaparición de los inhibidores naturales de la conducta violenta. Pero ¿cuáles son estos reguladores? Se trata, en primer lugar, de las expresiones emocionales innatas (mirada, gestos de la cara, tono de voz, posturas, etcétera), en particular la expresión facial y, en general, gestual del miedo (bajar los ojos, suplicar, arrodillarse, lloriquear, etcétera). El miedo, reflejado en el rostro de la víctima, constituye una especie de aldabonazo en el inconsciente del agresor: el rostro de la víctima implora piedad. Ya Darwin (*La expresión de las emociones en los animales y en el hombre*) señalaba que las personas de

todo el mundo, estén donde estén y por aisladas que se encuentren, expresan sus emociones de una manera relativamente similar.

Y en segundo lugar, a nivel ético, un potente regulador es la conciencia moral, tempranamente adquirida, según la cual se es consciente de lo que es una acción mala y del sufrimiento que se genera a la víctima. Por ello, cuando se ejecuta una conducta dañina o incluso cuando se piensa meramente en su ejecución, se experimenta un profundo malestar emocional (culpa: *castigo interno*). Y, si ello no es suficiente, el temor al *castigo externo* puede servir de freno.

Las distorsiones cognitivas desempeñan un papel significativo cuando, una vez ejercida la violencia, no se quieren asumir ni la responsabilidad ni la mala conciencia. Así, se tiende a minimizar el problema ("no ha habido más remedio que hacerlo") o se echa la culpa *a las propias víctimas* ("se lo ha ganado a pulso"), *a las circunstancias* ("no hicieron caso del aviso") o *a la fatalidad* ("fue mala suerte").

Si han desaparecido los inhibidores y *se ha cruzado la línea*, la violencia se convierte entonces en un caballo salvaje que derriba a todos los que pretenden domarlo y arrasa todo lo que se atraviesa en su camino. La emoción colapsa la razón e impide la puesta en marcha de las conductas inhibitorias. Lo que contribuye a la desaparición de los inhibidores es el alejamiento de la víctima, bien sea a nivel físico (mediante las armas de fuego o mediante coches o mochilas-bomba), bien sea a nivel psicológico (cuando no se la considera miembro del grupo propio, como sucede en las actitudes racistas o xenófobas, cuando se la desvaloriza, como ocurre en el hipernacionalismo étnico, o cuando se le atribuye simbólicamente la responsabilidad de las desgracias propias, como acontece en el terrorismo islamista). En estos casos, con armas o con ideas, se ha inutilizado el papel de las expresiones emocionales como controladores innatos de nuestra violencia. En definitiva, *ojos que no ven, corazón que no duele* (Garrido, 2002).

Así, por ejemplo, en el holocausto judío, los nazis comenzaron fusilando a los judíos; después, pegándoles un tiro en la nuca (sin ver el rostro); finalmente, gaseándolos en naves. Poner a la víctima fuera del alcance de los ojos del agresor ha sido una medida efectiva para acabar con su vida sin sufrir posteriores secuelas de tipo psicológico.

Del mismo modo, la relación entre secuestrado y secuestrador, al personificarse en el tiempo, tiende a dificultar el asesinato, salvo en sujetos con altos índices de violencia y en los desalmados de los grupos mafiosos, o en los terroristas manipulados por sus líderes, que, por supuesto, no conviven con sus víctimas, sino que se limitan a dar la orden, sin ningún tipo de compromiso afectivo. No obstante, el miedo extremo puede funcionar como un detonante de los comportamientos violentos. El animal depredador herido y el secuestrador acorralado adoptan con frecuencia conductas de violencia extremas impulsados por el dolor, el miedo o el pánico.

4. RAÍCES PSICOLÓGICAS DEL FANATISMO

4.1. El origen del fanatismo

Si, como es obvio, nadie nace fanático, ¿dónde se fragua esa distorsión de la realidad que da lugar a un espejo deformante del mundo social y que lleva a generar victimismo y odio en personas que han nacido en un régimen democrático? En primer lugar, hay ciertos factores psicológicos de riesgo: la inmadurez y la dependencia emocional, en unos casos; la impulsividad y la búsqueda de emociones fuertes, en otros; o, por último, la personalidad paranoica (caracterizada por la rigidez de pensamiento, la desconfianza patológica, el orgullo exagerado, la pobreza afectiva y la agresividad irascible, así como por una visión deformada de la realidad). Es decir, el fanatismo encuentra un caldo de cultivo adecuado en la inmadurez emocional de muchos adolescentes, que pueden resultar fácilmente manipulables.

Además el fanatismo se ha nutrido de la pulsión mística de algunos adolescentes e incluso adultos que, en la ensoñación de un ideal patriótico-religioso, han encontrado el motor de un fundamentalismo excluyente y un reencuentro con el paraíso perdido (López-Aranguren, 1982). Y es más, un terrorismo de inspiración religiosa suele producir muchas muertes porque aparecen justificadas por el sistema de valores asumido, lo que conlleva la exención de sentimientos de culpa y la expectativa de recompensas futuras (Juergensmeyer y Rubio, 2001).

En segundo lugar, un factor importante son las frustraciones diversas acumuladas en la vida cotidiana, que generan una baja autoestima y de las que se responsabiliza a *otros*, junto con un vacío moral. Sentirse protagonista en un grupo terrorista o violento, estimulado por el riesgo y la clandestinidad y aupado por ciertos medios de comunicación, puede resultar muy atractivo cuando en la *vida civil* (familia, estudios, amigos, etcétera) una persona se siente mediocre. Las insatisfacciones personales de toda índole encuentran fácil acomodo en los ideales patrióticos exaltados, que dan cobertura al resentimiento y a la violencia. En cierto modo, lo que ETA y sus grupos satélites, por ejemplo, tienden a acoger en su seno son, en general, personas desplazadas (gente de poca edad, inestable emocionalmente, mal socializada, con carencias culturales graves, etcétera), que en otras sociedades tienden a formar parte de movimientos marginales, con la expectativa idealizada de que el ejercicio de la violencia y el logro de los objetivos revolucionarios van a traer consigo la solución a sus problemas personales.

En tercer lugar, hay que tener en cuenta el papel crucial de la familia y de la educación escolar, que en los años decisivos de formación del niño pueden fomentarle un nacionalismo exaltado, una visión deformada de la historia y una atribución externa de los males propios a los enemigos exteriores (léase, por ejemplo, España). Todo ello se hace aún más presente si el adolescente cuenta con algún familiar, amigo o vecino preso o muerto en un enfrentamiento con la policía, al que se califica como héroe en su entorno (sobre todo, si es un pueblo pequeño).

Y en cuarto lugar, puede resultar determinante la cuadrilla de amigos, que genera un contagio emocional y con quienes se comparten jornadas de lucha y de juerga: todo ello contribuye a crear unos lazos emocionales sólidos. La cuadrilla, fuertemente cohesionada, ofrece a cada miembro una vida organizada, unos planes de fin de semana y una lista de actividades estructuradas, que le hacen a cada persona sentirse responsable y motivada y que le deparan aprobación continua del grupo por su contribución a la *causa* (Echeburúa, 2003).

La preparación psicológica del terrorista implica un proceso de *deshumanización* de la víctima (Garrido, 2002) y de construcción del enemigo (Baca, 2003). Las víctimas, en función de su profesión, de sus ideas políticas o de su adscripción a ciertos partidos políticos, se transforman en seres *infrahumanos*, lo que requiere un período de adoctrinamiento intensivo, ante los que no se siente compasión. Porque lo natural y lo innato es ver a los demás como otros *seres humanos*, lo que facilita el establecimiento de una relación de empatía. Asimismo se neutralizan los sentimientos de culpa por medio de la distorsión de la realidad, después de haber cometido el atentado, cuando se califica, por ejemplo, de *asesinos* a los *asesinados* y a sus familiares.

4.2. La realimentación del fanatismo

Pero esta visión deformada de la realidad -victimista y cargada de odio- necesita ser realimentada para contrarrestar el sentir mayoritario de la población y para garantizar su persistencia.

Lo que la mantiene es la presencia de una cuadrilla cerrada, impermeable a la influencia del exterior. El grupo se consolida cuando sus componentes acuden sólo a determinados lugares o bares, siguen las directrices políticas de la prensa sectaria, forman parte de las organizaciones extremistas -siempre atentas a buscar motivos o pretextos de reivindicación y lucha-, participan en las mismas jornadas reivindicativas y se divierten e incluso emparejan entre ellos mismos para que no haya *contaminaciones ideológicas* (cfr. Sanz y Pinto, 2002).

Esta exaltación nacionalista propicia el paso a la acción en forma de conductas de vandalismo, que contribuyen a fortalecer el fanatismo de los sujetos: consiguen una intensa excitación emocional; obtienen la aprobación y el reconocimiento de los miembros del grupo en función de la *heroicidad* desplegada; logran una atención destacada en los medios de comunicación; y se quedan con una sensación de impunidad porque, en general, sus acciones no vienen acompañadas de medidas punitivas. Todo ello fomenta un tono de arrogancia y de estar en posesión de la verdad. De este modo, no es de extrañar que las proezas sean cada vez más frecuentes, denoten mayor arrojo y sean más destructivas.

Lo que contribuye también a perseverar en este estilo de conducta, en el que se exalta el comportamiento emocional en detrimento del racional, es la presencia de unos símbolos de identificación: una determinada estética en la indumentaria; las banderas y pegatinas de distintos tipos; los himnos y la

música adecuada en cada caso; los homenajes a los presos excarcelados o a los terroristas muertos; los días de la patria; las jornadas de lucha; las manifestaciones reivindicativas, etcétera. Todo ello suele ir acompañado de una coreografía y puesta en escena muy cuidadas (Echeburúa, 2003).

Las redes de apoyo desempeñan un papel muy importante. Si un joven tiene problemas con sus padres, aparece en algunas listas comprometidas o se siente objeto de control por parte de la policía, las organizaciones terroristas le ofrecen pisos de acogida y medios de subsistencia, pero al precio de atraparlo en la tela de araña de la organización.

Los fanáticos pueden sentirse héroes, no asesinos. Se sienten apoyados por el estímulo y la admiración de sus correligionarios. Los asesinatos se llevan a cabo en grupo, no en solitario. Y el apoyo del grupo va más allá de la mera logística.

Cuando el terrorista se plantea lo hecho ya -cuando está en la cárcel o cuando hace una revisión de su vida-, tiende frecuentemente a justificar su conducta (*"el sufrimiento mereció la pena"*). En realidad, es una manera de defenderse de la sensación de inutilidad y de haber desperdiciado la vida, así como de hacer frente a los posibles sentimientos de culpa por haber matado a otras personas y haber arruinado la vida de sus familiares.

5. FANATISMO Y VIOLENCIA

5.1. Violencia terrorista

El fanatismo lleva en sí el germen de la violencia. El integrismo supone en el plano teórico lo que el terrorismo en el práctico. Estar en la *certeza* de una idea supone intentar *imponérsela* a los demás. En cierto modo, los terroristas se sienten héroes, miembros *escogidos* de una *vanguardia de élite*, que tienen como tarea una misión trascendente que justifica la muerte de los *enemigos*. Sólo así se explica la importancia concedida a sus acciones por el propio sujeto, que le lleva a minusvalorar el dolor de los demás, a considerarlo, en todo caso, como un mal *necesario* para la consecución de un objetivo *superior*, a ser insensible al rechazo social mayoritario y, en último término, a sobrevivir sin sentirse atormentado por sentimientos de culpa.

Las conductas violentas vienen precedidas de unas actitudes de hostilidad y de sentimientos negativos (de maldad, de venganza, etcétera), desarrollados por una evaluación cognitiva de las culpas de los demás, que motivan conductas heteroagresivas y desarrollan, por ello, un impulso para hacer daño (Rojas Marcos, 1995).

Por otra parte, las nuevas tecnologías del terror *a distancia*, como el coche-bomba, los paquetes-bomba o las bombas-lapa adosadas al coche de la víctima, facilitan ese distanciamiento emocional del agresor, que, por un lado, siente menos miedo al ser menor el riesgo y, por otro, al no ver la cara de horror y el cuerpo destrozado de la víctima, la *despersonaliza*. Matar es fácil cuando se reduce a la víctima a la condición de ser inanimado: sin cara, sin familia, sin edad, sin pasado ni futuro, sin biografía. El asesino, de este modo,

puede no sentir que está matando a un semejante, sino verse como un héroe que da "*lo mejor de sí mismo*".

Entre los terroristas hay un predominio de hombres (Reinares, 2004). No es que el fanatismo sea una cuestión de *género*. Se trata más bien de que la violencia genera rechazo en la mujer, que siente una mayor animadversión, ya desde la niñez, hacia las conductas destructivas, desarrolla otras estrategias de solución de problemas y experimenta una mayor empatía hacia los demás. La implicación directa de la mujer en la maternidad, de la que es consciente desde una edad muy temprana, no es, probablemente, ajena a este hecho. Además, una persona tiende a tomar como referentes de identificación a personas de su propio sexo, y los modelos femeninos de violencia son escasos. Por ello, la adhesión de mujeres a los grupos terroristas, cuando se da, está asociada frecuentemente a lazos de amistad o de amor con terroristas varones o de parentesco con terroristas encarcelados o fallecidos (Rojas Marcos, 1995).

5.2. Terrorismo suicida

En la actualidad hay diversos grupos terroristas con comandos suicidas (la mayoría, fanáticos del Islam): *Al Qaeda*, *GIA* argelino, *Hezbollah*, los tigres tamiles, *Hamás* o *Yihad Islámica*.

El suicidio terrorista -una forma de terrorismo de raíz religiosa, que tiene un carácter de mandato divino- constituye un enigma desde un punto de vista psicológico. ¿Qué empuja a un hombre joven, a veces hasta inteligente y con formación, a cometer actos tan atroces y a convertir su cuerpo en una bomba humana, es decir, a programar su inmolación y a sacrificar su vida considerando este hecho como una salida excelsa?

En algunas tendencias islámicas, como en las otras religiones monoteístas, existe la tendencia a buscar lo que podríamos llamar el *sacrificio personal* por defender una idea superior. Pero, aun así, la anulación del instinto básico de supervivencia en aras de la asunción de un ideal patriótico-religioso no deja de ser, cuando menos, sorprendente.

Sólo un adoctrinamiento intenso y un entorno socio-político favorecedor puede explicar una alteración del sistema de valores de esta magnitud. El terrorista suicida islámico no se considera un voluntario, sino un *elegido*, que es entrenado y sometido a diferentes ceremonias de purificación. La recompensa por el sacrificio de su vida -se convierte en un *mártir*- es la vida eterna en el paraíso, permiso para ver de cerca el rostro de Alá y los privilegios que lleva aparejado el martirio (entre ellos, disponer de los servicios de 72 bellas huríes, las "*vírgenes de ojos negros*").

Apretar el detonador le abre a uno inmediatamente la puerta del paraíso: es el camino más corto hacia el cielo. En los días anteriores a la operación el candidato prepara un testamento en papel, en cinta de vídeo o de audio. Los testamentos hacen hincapié en el aspecto voluntario de la misión. El *mártir* suele pedir que nadie llore y que celebren su muerte *como si fuera una boda*. Los padres del *mártir* reciben felicitaciones de sus vecinos por

la entrada de su hijo en el paraíso, lo que facilita una cierta resignación (en lugar de abatimiento). Ser familiar de un mártir es motivo de respeto, casi de veneración. Las imágenes de los suicidas suelen aparecer en llaveros y camisetas.

La mayoría de los terroristas suicidas procede de un estrato social bajo. Suelen ser varones, jóvenes, entre 17-28 años, solteros, sin cargas familiares y en paro, pero con estudios y profundamente devotos, así como con un concepto nacionalista extremo de apego a la propia tierra y vinculados a las organizaciones islámicas de *Yihad* o de *Hamás*. Socializados en un grupo conflictivo cerrado, sin otras referencias externas, a veces con familiares muertos en la guerra, su sentido justiciero suele estar impulsado por una situación de opresión política y militar y alentado por el contagio emocional de otros terroristas suicidas próximos.

6. CONCLUSIONES

La interacción entre una personalidad vulnerable (débil emocionalmente y con baja autoestima) y un entorno facilitador explica la génesis y el desarrollo del fanatismo. La familia, el colegio, los amigos, el ambiente social y comunitario constituyen el *humus* emocional en el que se incuba el fanatismo (*cfr.* Musitu, 1997; Reinares, 2001).

Los terroristas no son, habitualmente, enfermos mentales, ni siquiera psicópatas. Los psicópatas son personas frías, sin sentimientos, con poca empatía y sin capacidad de remordimiento. Pero muchos terroristas son personas afables, bien socializadas en su grupo de referencia y con capacidad de sentimientos positivos hacia sus seres queridos. Más bien los terroristas son personas fanáticas, con escasa formación, con una interpretación de los hechos sesgada y acrítica, con actitudes de hostilidad y convencidas de que la única forma de conseguir su meta es a través del terror (Reinares, 2004; Rojas Marcos, 2002).

Se trata de personas que no tienen capacidad para ponerse en el dolor ajeno, pero tampoco son un modelo de valentía. Pueden llegar a hacerse sus necesidades cuando se les detiene y suelen declarar sin presión ante la policía, pero, sin embargo, pueden adoptar conductas chulescas meses después en el juicio oral, sobre todo si hay gente de su grupo o de su pueblo en la sala y el juicio se televisa.

En resumen, muchos terroristas son ignorantes, pero con una gran carga de odio basada en una visión paranoica de la realidad. Desde una perspectiva psicológica, entre los terroristas hay de todo: desde gente profesional del terrorismo hasta psicópatas, multiimpulsivos y narcisistas, pasando por fanáticos y gente normal psicológicamente (aunque no moralmente) (Alonso-Fernández, 2002).

¿Cómo se puede prevenir esta espiral endiablada de violencia y fanatismo, que supone una grave enfermedad moral y un envilecimiento de la vida cotidiana? Los problemas complejos no responden a soluciones simples. Pero, en cualquier caso, la familia y la escuela desempeñan un papel de

primer orden porque es ahí, en la infancia y en la adolescencia, en donde arraigan las actitudes de intolerancia que luego van a ser muy difíciles de erradicar. La educación debe inculcar activamente en los niños una convivencia basada en el cariño, en el ejercicio de la racionalidad, en la tolerancia y en los valores democráticos, de los que deben dar ejemplo, en primer lugar, los propios padres y educadores en la vida diaria y en la resolución de los conflictos cotidianos (Echeburúa, Amor y Fernández-Montalvo, 2002).

Asimismo se debe ser combativo intelectual y moralmente contra la violencia y contra los proyectos políticos totalitarios. No es de recibo, por ejemplo, que la oleada actual de terrorismo, con su reguero de muertes y familias destrozadas, no sea objeto de comentario y de reflexión directa por parte de muchos educadores, que optan, en el mejor de los casos, por un *prudente* silencio cuando *educan* a los niños y adolescentes en los colegios (*cfr.* Savater, 1998).

No es menor la responsabilidad de los líderes y gobernantes. Los problemas políticos y económicos hay que plantearlos de forma resoluble en términos democráticos. El mantenimiento de bolsas de pobreza, el desarrollo de actitudes xenófobas o racistas o la tolerancia con la ley del más fuerte generan un odio y un resentimiento que pueden tener una influencia nefasta en las personalidades infantiles de mayor riesgo (Echeburúa, 2003).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alonso-Fernández, F. (2002). *Fanáticos terroristas: claves psicológicas y sociales del terrorismo*. Barcelona. Salvat.
- Baca, E. (2003). La construcción del enemigo. En E. Baca y M.L. Cabanas (Eds.). *Las víctimas de la violencia. Estudios psicopatológicos*. Madrid. Triacastela.
- Castilla del Pino, C. (1968). *La culpa*. Madrid. Revista de Occidente.
- Echeburúa, E. (1994). *Personalidades violentas*. Madrid. Pirámide.
- Echeburúa, E. (2003). ¿Por qué y cómo se llega a ser terrorista? En C. Martínez Gorriarán (Ed.). *¡Basta ya! Contra el nacionalismo obligatorio*. Madrid. Aguilar.
- Echeburúa, E., Amor, P.J. y Fernández-Montalvo, J. (2002). *Vivir sin violencia*. Madrid. Pirámide.
- Garrido, V. (2000). *El psicópata*. Valencia. Algar.
- Garrido, V. (2002). *Contra la violencia. Las semillas del bien y del mal*. Valencia. Algar.
- Juergensmeyer, M. y Rubio, M. (2001). *Terrorismo religioso: auge global de la violencia religiosa*. Madrid. Siglo XXI.
- López-Aranguren, J.L. (1982). El terrorismo como secularización de la violencia religiosa. En F. Reinares (Ed.). *Terrorismo y sociedad democrática*. Madrid. Akal.
- Musitu, G. (1997). A psychosocial approach to terrorism. En J.S. Grisolia, J. Sanmartín, J.L. Luján y S. Grisolia (Eds.). *Violence. From biology to society*. Amsterdam. Elsevier.
- Niehoff, D. (2000). *Biología de la violencia*. Barcelona. Ariel.
- Reinares, F. (2001). *Patriotas de la muerte*. Madrid. Taurus.
- Reinares, F. (2004). Perfil del terrorista. En J. Sanmartín (Ed.). *El laberinto de la violencia. Causas, tipos y efectos*. Barcelona. Ariel.
- Rojas Marcos, L. (1995). *Las semillas de la violencia*. Madrid. Espasa-Calpe.
- Rojas Marcos, L. (2002). *Más allá del 11 de septiembre*. Madrid. Espasa-Calpe.
- Sanmartín, J. (2000). *La violencia y sus claves*. Barcelona. Ariel.
- Sanmartín, J. (2002). *La mente de los violentos*. Barcelona. Ariel.

Sanmartín, J. (2004). Agresividad y violencia. En J. Sanmartín (Ed.). *El laberinto de la violencia. Causas, tipos y efectos*. Barcelona. Ariel.

Sanz, P. y Pinto, R. (2002). *Grupos gnósticos: secretos y mentiras. El fanatismo dentro de nuestra sociedad*. Madrid. Entimema.

Savater, F. (1998). *El valor de educar*. Barcelona. Ariel.

Tobeña, A. (2001). *Anatomía de la agresividad humana*. Barcelona. Galaxia Gutenberg.